

músico una interminable serie de pequeños incidentes casi sin ilación, por lo que sólo en contados momentos asciende Pedrell á las alturas de la épica. El abuso de diálogo abruma su inspiración, y la ausencia del hecho capital, la batalla de Panissars, no relatada siquiera en la orquesta, acaba por hacer más incomprensible é inesperada la apoteosis final.

Pero lo expuesto no arguye falta de teatralidad en la música de Pedrell. Si tuviera la fortuna de dar con un buen libreto, verdaderamente lírico, con unidad de fondo y forma, ha demostrado en *Los Pirineos* dotes sobrados para vestirlo con el ropaje del arte más selecto y hacer que interesara á la totalidad del público.

Constituyen hermosas páginas de arte todo el prólogo, narrativo en los recitados con que el Bardo expone la trama de la trilogía y grandiosamente lírico en los coros internos y el final.

En la primera parte quedarán como ricas joyas los bailables; el ductivo entre *Brunisenda* y *Miraval*; la *moresca* de *Rayo de Luna* y la *Canción de Juana*; el *Lai de Miraval*, el *Sirventerío de Sicart* y la grandiosa escena del *Cardenal Legado*.

Toda la segunda parte, pero muy particularmente la marcha fúnebre, una de las más bellas que se han escrito.

En la última parte, destácase sobre todo la melodiosa *Canción de la Estrella*, destinada á hacerse popular.

¡Cuántas óperas de las que el público admira ó tolera no pueden ofrecer un activo tan brillante!

**

Pedrell ha triunfado; pero aún no ha recogido toda la gloria que merece. Su trilogía se engrandecerá con el tiempo, á medida que vayari desapareciendo los prejuicios de sus contemporáneos. Si tiene la fortuna de que su obra traspase las fronteras, el éxito franco y sincero nos vendría impuesto por la crítica de fuera, del mismo modo que nos ha dado á conocer al sabio erudito.

Barcelona debe agradecer á la empresa del Liceo le haya evitado la vergüenza de que *Los Pirineos* se estrenaran en otra parte. No por tardía, ha sido menos oportuna la reparación. Ciertamente la modestia de los medios que ha puesto á disposición del maestro, no eran lo más apto para extrinsecar las bellezas de la trilogía; pero consuélese Pedrell pensando que, en general, no ha sido mejor tratada la trilogía wagneriana. La potencia del arte verdadero sabe redimirse siempre de estas pequeñeces.

Goula y la Parsi-Pettinella han sido las columnas de la ejecución, en las que han podido apoyarse sin detrimento de la obra la señorita Grassot y los señores Bensaude, Iribarne y Grani.

¡Pluguiera á Dios que con elementos semejantes se iniciara en el Liceo una corriente á favor del arte de nuestra tierra!



MTRO. JUAN GOULA.
Director y concertador de «Los Pirineos»



VÍCTOR BALAGUER.
Autor del poema «Los Pirineos».



MAURICIO VILUMARA. Fot. de Martí.
Pintor de las decoraciones de «Los Pirineos».

ROSA

TACITURNOS, silenciosos y, para ser franca, aburridos estábamos aquella noche, cuando la inesperada llegada de Enrique vino á animar nuestra melancólica reunión.

Con su gracia habitual comenzó á referirnos detalles de su reciente viaje á Asturias, y la relación que más se grabó en mi memoria y que más despertó el interés del auditorio, fué la siguiente:

—De lo que os voy á contar hará cosa de un mes,—empezó Enrique,—habíamos salido mis amigos y yo muy de mañana, con el caritativo fin de matar un oso que, según nos dijeron, rondaba por aquellos parajes; cansado de esperar al velludo animal que no se daba prisa en visitarnos, y, siendo como soy algo inclinado á la poesía, me eché el fusil al hombro y dejé que mis compañeros, más cazadores que yo, siguiesen aguardando con paciencia.

Subyugado por aquella hermosa naturaleza tan agreste y poderosa, miraba sin cansarme las llanuras que se extendían ante mi vista y las majestuosas montañas cuyas escarpadas rocas parecían servir de guarida á una legión de bandidos, como en los tiempos antiguos; una montaña más alta que las demás atrajo mi alma, iluminada una mitad por el sol no muy fuerte de Noviembre y quedando la otra en la penumbra; una roca que semejava una cueva dominaba la altura de este monte, al cual determiné subir. La mañana estaba hermosa y nada hacia presagiar la tormenta que media hora después y por uno de esos fenómenos de la naturaleza estalló formidable, retumbando el estampido de los truenos entre las duras rocas y fulgurando el relámpago su luz vivísima que me cegaba. La lluvia me azotaba el rostro con tal fuerza, que me impedía ver el camino; mi situación era algo crítica; me encontraba separado de todos, y, medio perdido en aquellas soledades, sin saber por dónde iba, tropecé y caí varias veces, hasta que, rendido por la fatiga y calado hasta los huesos, me tiré al suelo, falto de alientos para seguir. Medio aletargado permanecí no sé cuanto tiempo; de repente una mano se posó sobre mi hombro, y levantando la cabeza me encontré con un monje.

Era un hombre joven, al parecer, y sus ojos azules claros... muy claros, me miraban con compasión y al mismo tiempo con rudeza; cubría su cuerpo tosco sayal y el capuchón caído dejaba al descubierto su cabeza y su frente ancha y despejada... Junto á él un hermoso mastín negro meneaba la cola con satisfacción: á él, como supe más tarde, debí el no permanecer más tiempo abandonado.

¿Quién era aquel monje? ¿Dónde vivía?

Mientras interiormente me hacía estas preguntas, mi salvador me ayudaba á ponerme en pie; quise explicarle lo que me había ocurrido, mas él, haciendo un ademán como significando que lo mismo le daba, echó á andar parándose después de unos veinte minutos de marcha. Sin darme cuenta había llegado en mi excursión al límite ambicionado y no fué poca mi sorpresa al hallarme de repente frente á la cueva que coronaba la



RAFAEL GRANI
en la ópera «Los Pirineos».

cresta de la montaña y que resultó ser la habitación de mi guía.

Sin hablar palabra, éste me hizo entrar; con presteza que denotaba costumbre, encendió un fuego que devolvió á mis ateridos miembros la elasticidad perdida siempre en silencio, sacó una jarra de tosco barro y poniéndola sobre el fuego, me hizo beber un vaso de leche que acabó de reponer mis fuerzas.

Seguía yo con la mirada á mi extraña guía, cuando le vi estremecerse y fijar en mí con horror sus expresivos ojos que me atraían como con imán; sorprendido de este cambio tan brusco, hice un movimiento, pero él sin dejar de mirarme y con voz ronca, exclamó:

—Perdone usted, la vista de esa rosa que lleva prendida tiene la culpa de todo...

—¿Algún recuerdo doloroso?—me atreví á insinuar—llevándome instintivamente la mano al ojal de la americana donde mis amigos habíanme puesto una rosa para bromearse del *cazador-poeta*, como me llamaban, y que permanecía tan fresca como cuando se erguía altiva en su rosa. El monje movió lentamente la cabeza, observé que á pesar de su juventud parecía viejo, á causa de la demacración de su semblante rudo pero simpático; parecía sostener una lucha consigo mismo, pero de repente y como no pudiendo más, habló así:

—No sé lo que me mueve á hablarle como no lo he hecho á ningún otro hombre, exceptuando al pobre anciano que vivía aquí y el cual me dió albergue en esta cueva; quizá su rostro me inspira confianza... quizá sea á causa de la rosa... De todas maneras, voy á desahogar mi pecho.

«Vivía en un pueblecito lejos de aquí, el nombre no importa, era yo por entonces herrero y, como trabajaba con ahinco, no me faltaba qué hacer y nos íbamos sosteniendo mi madre y yo; frente á nosotros tenía su casa el tío Tomás, el cual vivía con su hija, llamada Rosa.

Decirle á usted que la quería, es poco; de niño y después de hombre la amaba con tal pasión que me hubiera dejado matar por ella, y una sonrisa que me concediera, me bastaba para ser feliz; pero también ¡qué guapa era! en todo el pueblo no había una que lo fuese tanto; sus ojos tenían el brillo del diamante, eran negros, negros como el azabache, alta, delgada y con cierta elegancia que me imponía; era la envidia de las mozas y la desesperación de los mozos, que se morían por ella; con esto ya comprenderá usted lo orgulloso que me tenía la preferencia de Rosa... ¿Por qué me la demostraba? No lo sé; sólo sé que por las tardes á la salida del trabajo acudía yo á la fuente donde Rosa iba á llenar el cántaro y más feliz que un rey marchaba á su lado habiéndola con frases salidas del corazón.

Aquí se interrumpió el pobre monje y sus ojos se fijaron con cierta melancolía en el cielo, recordando aquellas tardes que, aún después de tanto tiempo, no había podido olvidar. Luego continuó, diciendo:

—Mi madre deseaba que una vez casado, viviésemos con ella; accedí gustoso, tanto más cuanto que Tomás tenía un hijo para cuidarle, y mi viejecita y yo éramos solos en



ELVIRA GRASSOT
en la ópera «Los Pirineos».

el mundo; hablé de ello á Rosa y lo tomó mal, replicó no sé cuantas cosas que me indignaron, y aquella tarde por primera vez no acudí á la fuente; pero en mí duran poco los enfados, volví al día siguiente, no se habló más de la cuestión, y me pareció que Rosa seguía queriéndome como antes.

Cuando—aquí la voz de mi interlocutor se alteró—volvía yo hacia mi casa, había ido aquel día á un pueblo próximo y, antes de ver á mi viejecita, quise entrar á saludar á Rosa; cuestión de pasos, ya ve usted. Al llegar cerca, oí que hablaban, me paré, me parecía que la sangre se me helaba, hice un esfuerzo, me arrimé sin ser visto... y, á qué cansarle con detalles: lo de siempre, una mujer coqueta pisoteaba mi amor engañando á otro... En el que hablaba reconocí al hijo del barbero, muchacho algo tímido que de no ser impulsado por Rosa no hubiera nunca obrado así... Al ver lo que ocurría, di un grito, grito que debió de oirse en todo el pueblo; la sangre me cegaba, llevaba una navaja y la clavé en el corazón de la mujer que se había burlado de mí.

Rosa cayó sin decir ay,—continuó el solitario con voz ronca,—el que me la robaba huyó en cuanto me vió, sin duda alarmó al vecindario porque, cuando lívido y palpitando mi corazón como si fuera á romperse, no me atrevía á avanzar ni á retroceder, oí rumores de pasos. Entonces volví al sentimiento de la realidad y, antes que pudiera nadie tocarme, arrojé el ramo de rosas que la llevaba de regalo y que eran iguales á ésta que tiene usted en la americana, sobre el cadáver de la que tanto había amado, y huí, huí hasta llegar á estos montes. Un anciano vivía en esta cueva, era un santo varón, me acogió con dulzura y me ofreció este asilo seguro contra los que me perseguían; cuando la muerte cortó sus días, ocupé su lugar y desde entonces paso á los ojos de la gente de la aldea por el sucesor del que veneraban como un santo.

—¿Y nadie sabe su paradero?—pregunté después de largo rato de silencio.

—Nadie: supe porque lo oía contar, que me buscaban, supe que mi madre había muerto de pena, pero nadie reconoce en el austero penitente de la cueva al hombre que vengó su ofensa matando á una mujer...

Mientras hablaba, la tormenta había terminado, el arco iris extendía sus brillantes colores por el azul del cielo, un perfume delicioso embalsamaba el ambiente y un aire frío ensanchaba los pulmones.

Miré al reloj; era tarde y seguramente mis amigos, aunque hechos á mis correrías, me buscarían inquietos de mi prolongada tardanza; era forzoso partir y así se lo manifesté al que acababa de relatarle su desgracia, preguntándole:

—¿Y piensa usted permanecer aquí siempre?

—Siempre; en esta cueva hago penitencia de mi crimen, que Dios me perdone... Usted es joven, acuérdesse de mi ejemplo y no olvide al pobre solitario que morirá entre estos breñales, cuando pudo ser feliz sin la traición de una mujer!...

Y cuando, ya al despedirme, me indicó el camino más recto que debía seguir y me saludó con la cabeza... le alargué la mano, en la que él depositó la suya, mien-



MAURICIO BENSAUDE. Fot. de Martí.
en la ópera «Los Pirineos»



LA PURIFICACIÓN DE MARÍA